

APOLOGÍA DE OSCAR WILDE

JOSÉ GABRIEL RODRÍGUEZ PAZOS, CENTRO UNIVERSITARIO VILLANUEVA

Recibido: septiembre/ Aceptado: noviembre 2012

RESUMEN: Aunque –de manera muy simplista– se ha pretendido presentar a Oscar Wilde como una especie de mártir de la causa gay, lo cierto es que a su homosexualidad acompañó también un anhelo de Dios y una particular atracción por la Iglesia Católica de la que se ha hablado poco. El presente artículo presenta el itinerario de búsqueda espiritual del escritor irlandés, que concluyó con su recepción en la Iglesia Católica cuando estaba en el lecho de muerte. Se aportan, además, datos sobre su vida, su paso por la universidad de Oxford, su familia, su relación con lord Alfred Douglas y el proceso que acabó con su condena a penas de cárcel.

Palabras clave: Oscar Wilde, proceso, conversión, Iglesia Católica. **ABSTRACT:** Although –in a very simplistic way– Oscar Wilde has been presented as some kind of martyr of the gay movement, the truth is that his homosexuality went along with a longing for God and a particular attraction towards the Roman Catholic Church which have been rarely discussed. The current article presents the spiritual itinerary of the Irish writer, which concluded with his being received in the Roman Catholic Church when he was on his deathbed. Besides, information regarding his life, his stay at Oxford University, his family, his relationship with lord Alfred Douglas and the trial after which resulted in his being sent to prison. **Keywords:** Oscar Wilde, trial, conversion, Roman Catholic Church.

En el año 2000 se conmemoró el centenario de la muerte de Oscar Wilde (1854-1900). Aquel año se presentó a este escritor, desde ciertos sectores, como una especie de mártir de la causa gay. Y, aunque a los autores hay que juzgarlos por su obra, no por su vida, en ocasiones, resulta interesante estudiar esta para comprobar que, con frecuencia, se manipula la historia con el fin de favorecer determinadas tesis o intereses. En cualquier caso, no debemos olvidar que si estamos hablando ahora de Oscar Wilde es porque fue, ante todo, un gran escritor. Wilde podría decirnos, con Antonio Machado, “y al cabo nada os debo/debéis-me cuanto he escrito”. Y le

debemos deliciosos relatos cortos como “El príncipe feliz”, “El ruiseñor y la rosa”, “El gigante egoísta” o “El fantasma de Canterville”; y esa magnífica novela, *El retrato de Dorian Gray*, que nos hace intuir a qué abismos de vileza puede conducir la pendiente del mal si uno se deja caer por ella; y obras de teatro como *La importancia de llamarse Ernesto*, cuya agudeza sigue arrancando la carcajada del público con-

temporáneo lo mismo que hace más de un siglo; y su poesía, y esa tremenda reflexión sobre la condición humana que es *De Profundis*, obra a la que me referiré más abajo.

Entre la multitud de citas y aforismos de Oscar Wilde, es especialmente famoso uno dicho como de pasada por un personaje, Lord Darlington, en la obra de teatro *El abanico de lady Windermere*: “Todos estamos en la cloaca, pero algunos miramos hacia las estrellas” (Wilde, 2003:451)¹. De la cloaca en que cayó Oscar Wilde ya se ha hablado abundantemente, incidiendo en sórdidos detalles que parecen ser lo que más interesa al “gran público” –como se dice ahora–, aunque, entre ese gran

“Todos estamos
en la cloaca,
pero algunos
miramos hacia
las estrellas”

público, probablemente sean muy pocos los que hayan leído alguna obra de Wilde. Me voy a centrar, por tanto, en esa otra faceta de la vida del escritor de la que no se habla tanto, cuando no se silencia deliberadamente: su mirada hacia las estrellas. Porque la tragedia de Wilde consistió en una lacerante fractura entre lo que veía que debía ser su vida y el tirón que ejercían sobre él lo que él mismo define en *De Profundis* como “place-

res perversos y pasiones extrañas” (Wilde, 2003:1050). En ningún momento dice Wilde que la cloaca es vergel, y en esto radica la principal diferencia con la ideologías actuales. Si acaso, para atemperar la tragedia, Oscar Wilde se refugiará en el arte y hará vida del arte y arte de la vida en un intento de difuminar los límites que marca la moral.

Oscar Wilde es un universitario de primer orden. Pasa tres años en el Trinity College de su Dublín natal y de ahí, con veinte años, va al Magdalen College de Oxford en 1874, donde se graduará cuatro años después. Wilde es un estudiante brillante y recibe durante esos años una muy sólida formación humanística. De esta formación da testimonio el hecho de que, entre los libros que Wilde lee durante el tiempo que pasó en la cárcel están *La Divina Comedia* de Dante en el original italiano, y unos evangelios en griego clásico. En 1879 se establece en Londres y, a partir de entonces, se irá consolidando la imagen del esteta que ya empezó a configurarse durante sus años universitarios. Publica poesías, imparte conferencias, empieza a escribir teatro y desarrolla una intensísima vida social que le irá convirtiendo en un personaje público que, finalmente, se convierte en escritor y dramaturgo de grandísimo éxito. Es importante hacernos una idea de la altura a la que se encontraba Wilde en la sociedad victoriana de su época, para que podamos valorar, en su justa medida, lo que supuso la caída de tan excelso personaje. Hay que tener en cuenta que entonces no existía la televisión, ni el cine, ni el fútbol como espectáculo de masas. Los estrenos teatrales eran, por ello, auténticos acontecimientos, y los dramaturgos de éxito eran personas muy importantes.

En 1884, Wilde se casa con Constance Lloyd, de la que tiene dos hijos: Cyril y Vyvyan. El escándalo que supuso todo el proceso de Wilde hizo que Constance se fuera a vivir a Italia con sus hijos y que se

cambiaran el apellido: de Wilde pasaron a llamarse Holland. Cyril Holland fue voluntario a la Primera Guerra Mundial y murió en el frente. Vyvyan Holland vivió hasta los años sesenta. En 1966 prologó la edición de las obras completas de su padre. El hijo de Vyvyan, Merlin Holland, único nieto de Oscar Wilde, vive todavía, y ha dedicado buena parte de su vida a la edición de las obras y cartas de su abuelo y al estudio de cómo el caso de Wilde afectó a su familia. El cariño de Wilde por sus hijos queda de manifiesto en los recuerdos de Vyvyan, quien describe a su padre jugando con ellos echado en el suelo, en una sociedad y una época en la que no era frecuente ese tipo de relación de los padres con sus hijos. También es significativo el hecho de que Wilde empezara a publicar cuentos a partir de las historias que les relata a sus hijos.

Constance fallece a los cuarenta años, dos años antes que su marido. A pesar de todo lo que este le hizo pasar, mantuvo siempre su afecto y admiración por él y nunca llegó a divorciarse, aunque se lo aconsejó algún abogado. Constance consideraba a Oscar un hombre que no había desarrollado en plenitud su enorme talento por el tipo de vida por la que se dejó llevar; ella era perfectamente consciente de lo inconstante de su marido y la poca firmeza que tenían sus propósitos de rehacer la vida familiar; por ello, no accedió a recibir a Wilde de vuelta al hogar cuando salió de la cárcel; quería evitar que siguiera haciendo daño a sus hijos. Decía de él –con un juego de palabras que no se puede reproducir en español– que era “weak rather than wicked” (débil, más que malo) y siempre se mostró dispuesta a perdonarle todo. Además, se preocupó de enviarle dinero periódicamente cuando salió de la cárcel e incluso añadió una cláusula a su testamento para que estos pagos continuaran después de su muerte. Hay dos episodios que ilustran la gran categoría humana de esta mujer. La madre de Wilde, a la

que este estaba muy unido, murió en 1896, cuando Oscar estaba en prisión. Constance no quiso que otra persona le comunicara la noticia y ella misma se desplazó desde Génova hasta la cárcel de Reading, en Inglaterra, para informarle del fallecimiento de su madre. Wilde agradeció profundamente este gesto de una mujer que tenía sobrados motivos para haber roto toda relación con él. El segundo episodio tiene lugar cuando Constance decide escribir una larga carta a su hijo Vyvyan, interno en un colegio de jesuitas. Entre otras cosas, Constance le pide a su hijo que perdona a su padre:

Intenta no ser severo en tus sentimientos con respecto a tu padre. Recuerda que es tu padre y que te quiere. Todos sus problemas han sido causados por el odio de un hijo hacia su padre. Y, haya hecho lo que haya hecho, ha sufrido amargamente por ello (Pearce 2000:374)²

Constance morirá al poco tiempo de escribir esta carta. Wilde quedará muy afectado por la muerte de su mujer; sentimientos que se renovarán cuando viaje a Génova para visitar su tumba unos meses después.

Retrocedamos ahora unos años en la vida de Wilde, hasta 1891, año en el que conoce a lord Alfred Douglas, con quien continuará deslizándose por la pendiente de “placeres perversos y pasiones extrañas”. La relación con Douglas acabará siendo fatal para el escritor; la causa última de lo que aconteció fue el odio profundo que Douglas sentía por su padre, el marqués de Queensberry, como Wilde explica detalladamente en *De Profundis*. Wilde fue condenado a dos años de trabajos forzados por “gross indecency”, burda indecencia, cometida con otros varones. Pero, aunque ese fue el delito por el que se le condenó, en realidad, nada hubiera pasado si Wilde no se hubiera enfrentado al marqués de Queensberry, instigado por Douglas. El hecho es que

Douglas salió indemne de todo este proceso cuando, ante la ley, había cometido los mismos delitos por los que fue condenado Wilde. Todo empieza cuando el marqués le hace llegar una tarjeta a Wilde en la que le llama sodomita. Douglas ve una ocasión de oro para hundir a su padre y anima a Wilde a que lo denuncie por libelo. Y este fue el gran error de Wilde, que no fue condenado tanto por su homosexualidad como por haber desafiado a una sociedad, al desafiar a uno de sus notables. El proceso se vuelve contra Wilde y el final es el que conocemos.

En 1895 Wilde es enviado a la cárcel de Pentonville, de ahí a Wandsworth y, finalmente, a la cárcel de Reading, de donde saldrá después de haber cumplido su condena. Los bienes de Wilde son embargados, lo que añade a la ruina moral la ruina económica. Y así, el que lo había sido todo, acaba convertido en un paria que morirá pocos años después en el destierro, en un hotelillo parisino, olvidado por la sociedad que lo había encumbrado, y con la única compañía de unos pocos amigos que le fueron fieles hasta el final. Hay un famoso episodio que tiene lugar durante el traslado de Wilde de la cárcel de Wandsworth a la cárcel de Reading, que marcó profundamente a Wilde, y que es representativo del *sic transit gloria mundi* que supuso la caída de Wilde. Él mismo lo relata en *De Profundis*:

El 13 de noviembre de 1895 me trasladaron aquí desde Londres. Desde las dos hasta las dos y media del mediodía tuve que permanecer de pie en el centro del andén del nudo ferroviario de Clapham, vestido de presidiario y esposado, expuesto a las miradas de todos [...]. De todo lo que allí se podía contemplar, yo era lo más grotesco. Cuando la gente me veía, se reía. Cada tren que llegaba contribuía a aumentar el número de espectadores. No había entretenimiento que les pudiera divertir más. Y eso, por supuesto, antes de saber quién era yo. En cuanto se enteraban, se reían toda-

vía más. Allí permanecí de pie durante media hora, bajo la lluvia gris de noviembre, rodeado de una masa de gente que se mofaba de mí. Durante el año que siguió a este suceso, lloré todos los días a esa misma hora y durante ese mismo espacio de tiempo (Wilde, 2003:1040)

En los cinco años finales de su vida, Wilde solo escribirá dos obras. La primera, *De Profundis*, está escrita en la cárcel de Reading entre enero y marzo de 1897, y es una extensísima carta que Wilde dirige a lord Alfred Douglas. En ella le recrimina su egoísmo y la ceguera que le produjo el odio hacia su padre. Pero, fundamentalmente, *De Profundis* es una reflexión desde lo hondo, desde el abismo en el que Wilde ha caído. “De profundis” son las dos primeras palabras latinas del salmo 130, ese que comienza diciendo: “Desde lo hondo a ti grito, Señor”. Cuando había empezado a escribir este texto, Wilde le dirá a un amigo que se trataba de la carta más importante de su vida, que trataría de su futura actitud hacia la vida y el modo en que deseaba reencontrarse con el mundo cuando saliera de la cárcel. A lo largo de la carta, una joya de la literatura, Wilde reflexiona sobre el sentido del dolor, sobre el arte, sobre la figura de Cristo... Y dice cosas como estas:

El momento del arrepentimiento es el momento del comienzo. Más aún, es el medio mediante el cual uno altera su pasado. Los griegos pensaban que eso era imposible. A menudo decían en sus aforismos gnómicos, ‘Ni siquiera los dioses pueden alterar el pasado’. Cristo nos mostró que el pecador más vulgar puede hacerlo (Wilde, 2003:1037)

Lo que se dice de un hombre no es nada. La cuestión es quién lo dice. El momento cumbre de un hombre se da, no me cabe duda, cuando se arrodilla en el polvo, se golpea el pecho y cuenta todos los pecados de su vida (Wilde, 2003:1050)

Una vez fuera de la cárcel, un hecho del que fue testigo durante su estancia en prisión le sirve para escribir su última obra: “La balada de la cárcel de Reading”, un bellísimo poema largo, a la memoria de C. T. W., antiguo soldado de la Guardia Real de Caballería, muerto en el presidio de Reading, Berkshire, el 7 de julio de 1896, como se lee en la dedicatoria.

La mirada a las estrellas de la que he hablado al principio se percibe tanto en la obra, salpicada de continuas referencias a temas religiosos, como en la vida de Wilde. Desde joven se siente atraído por la Iglesia Católica y, de manera especial, por su liturgia, lo que le lleva a asistir de manera esporádica a misas y ceremonias católicas. Este es el motivo por el que su padre, protestante, decide alejarlo de los ambientes católicos de Dublín y enviarlo a Oxford. Allí, en contra de lo que su padre esperaba, Wilde se sumerge en la lectura de autores católicos, sobre todo Newman, contemporáneo de Wilde. Durante esa época, Wilde meditará también con frecuencia la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis. Wilde estuvo a punto de convertirse en el invierno de 1877. Después de haber conversado con el Padre Sebastian Bowden, del Brompton Oratory de Londres, este le citó para el día siguiente, parece que con la intención de preparar su recepción en la Iglesia Católica. Wilde no acudió a la cita, sino que envió un ramo de lirios con un mensajero. Era su forma de decir que todavía no estaba preparado. El éxito como dramaturgo y el consiguiente enriquecimiento de los años posteriores contribuyeron a que su interés por la Iglesia Católica perdiera intensidad. No obstante, se da la circunstancia de que varios amigos de Wilde se convirtieron al catolicismo y alguno de ellos acabaría ordenándose sacerdote. La relación con estas personas mantiene viva una inquietud que va reapareciendo ocasionalmente. Es interesante, en este sentido, lo que Wilde le dijo

a Douglas cuando comenzó todo el proceso contra el marqués de Queensberry:

Si gano este caso que, por supuesto, voy a ganar, creo que los dos deberíamos ser recibidos en la querida Iglesia Católica (Pearce 2000:339)

A lo que Douglas respondió enfadado que, como no lo ganara, no les iban a recibir en ningún otro sitio. Douglas se convirtió al catolicismo años después de la muerte de Wilde.

Una figura clave en la vida de Wilde fue Robert Ross, un joven canadiense al que Wilde conoció en 1886. Ross se convierte al catolicismo ocho años más tarde y acabará siendo el amigo más fiel de Wilde, el que le acompañará en el lecho de muerte y su albacea literaria. Como el mismo Ross dejó escrito en su correspondencia, Wilde le dijo en varias ocasiones que quería hacerse católico; Ross se lamentará de haberlo disuadido siempre porque pensaba que a su amigo le faltaba firmeza en su decisión; no obstante, Wilde le hizo prometer que le llevaría un sacerdote cuando se estuviera muriendo, para ser recibido en la Iglesia.

El mismo día que Wilde sale de la cárcel, el 19 de mayo de 1897, le dice al amigo que le recibe en su casa de Londres:

Me imagino todas las religiones como *colleges* de una gran universidad. El Catolicismo Romano es el más grande y romántico de todos (Ellmann 1988:495)³

Y, a continuación, escribió una carta a los jesuitas de Farm Street pidiéndoles que le acogieran para realizar unos ejercicios espirituales de seis meses de duración; la carta fue enviada por un mensajero y se pidió respuesta. Cuando el mensajero volvió, el texto que traía decía que una decisión de ese tipo no podía tomarse en el calor del

momento y le pedían que lo considerara durante al menos un año. Wilde prorrumpió en sollozos al leer la respuesta.

Casi tres años después, en abril de 1900, un amigo de Wilde, Harold Mellor, corre con los gastos de un viaje que hacen a Roma, durante la Semana Santa. Allí asiste a una audiencia con el Papa Leon XIII, del que recibe la bendición. Los deseos de hacerse católico de Wilde vuelven a avivarse y le pide a Ross que le presente a un sacerdote que le ayude en este proceso. Ross vuelve a disuadirle. Es entonces cuando, en una entrevista concedida a John Clifford Millage, corresponsal del *Daily Chronicle* en París, el escritor dirá:

Mucha de mi oblicuidad moral se debe al hecho de que mi padre no me permitiera hacerme católico. La parte artística de la Iglesia y la fragancia de sus enseñanzas hubieran curado mi degeneración. Pretendo ser recibido en no mucho tiempo (Pearce 2000:394)

Poco después, en septiembre, la salud de Wilde se deteriora notablemente y tiene que guardar cama con un diagnóstico de meningitis. A mediados de octubre, Wilde le envía un telegrama a Robert Ross diciéndole que está muy débil. Ross viaja a París y encuentra a Wilde de muy buen humor, aunque la enfermera que lo atiende le advierte que el estado del escritor es muy grave. Ross no acaba de convencerse y le sorprende que Wilde gaste bromas sobre el lugar donde lo iban a enterrar y sobre qué epitafio pondrían. Cuando Ross decide viajar a Niza el 13 de noviembre, Wilde se pone histérico porque está convencido de que no volverá a ver a su amigo. Ross piensa que exagera y decide hacer el viaje. En la visita del 25 de noviembre, los médicos manifiestan que hay muy poca esperanza de recuperación. Empieza a haber momentos en los que el enfermo delira y le escriben a Ross comunicándole

la gravedad de la situación. Este, urgido por la promesa que había hecho a su amigo, vuelve inmediatamente a París, donde los médicos le informan de que a Wilde no le quedan más de dos días de vida. El cambio que se había producido en las dos semanas en las que Ross había estado fuera era tremendo: el enfermo había adelgazado visiblemente y su respiración era muy fatigosa. Ross le preguntó a Wilde si entendía y este levantó la mano como asentimiento. Ross sale entonces del hotel en busca de un sacerdote y encuentra en la iglesia de San José a un religioso pasionista de 31 años que, casualmente, era, lo mismo que Wilde, irlandés nacido en Dublín. Este sacerdote, el padre Cuthbert Dunne, decidió no dar durante su vida detalles de los últimos momentos de aquel moribundo. Cinco años antes de su muerte, ocurrida en 1950, puso por escrito estos hechos, con la indicación de que no se publicaran hasta su fallecimiento. Consciente de la importancia del personaje al que le había tocado asistir en sus últimos momentos, el sacerdote había guardado metódicamente notas, las cartas de Ross, las solicitudes de asistencia al moribundo, documentos sobre los preparativos del funeral, los recortes de prensa, etc. Este es el testimonio del padre Dunne sobre los momentos finales de Wilde, cuando lo recibió en la Iglesia Católica:

Como estaba en un estado semi-comatoso, no me atreví a darle el santo Viático. No obstante, debo añadir que, por momentos, se despertaba y que, estando yo presente, estuvo despierto. Entonces daba señales de estar internamente consciente. Hacía grandes esfuerzos por hablar e, incluso, lo seguía intentando durante un tiempo, aunque no conseguía pronunciar palabras articuladas. El hecho es que me quedó perfectamente claro que me entendía cuando le dije que estaba a punto de recibirle en la Iglesia Ca-

tólica e impartirle los últimos sacramentos. Por las señas que hizo, lo mismo que por las palabras que intentaba articular, me quedó claro su pleno consentimiento. Y cuando le repetí al oído los santos nombres, los actos de contrición, fe, esperanza y caridad, junto con los actos de humilde resignación a la voluntad de Dios, intentó en todo momento repetir las palabras después de mí (Burke 1961)⁴

Al día siguiente, poco después de las dos de la tarde del 30 de noviembre del año 1900, fallecía Oscar Wilde. Y así concluyó la otra historia de Oscar Wilde. La de su mirar a unas estrellas que acabó alcanzando.

CITAS

¹ Todas las citas de obras de Wilde están tomadas de *Complete Works of Oscar Wilde*. La traducción al español es mía.

² Citado por Joseph Pearce en su obra *The Unmasking of Oscar Wilde*. La traducción al español de todas las citas tomadas de esta obra es mía. Existe, no obstante, una traducción al español publicada por la editorial Ciudadela: *Oscar Wilde. La verdad sin máscaras*.

³ Citado por Richard Ellmann en su obra *Oscar Wilde*. La traducción al español es mía.

⁴ Esta cita está tomada del artículo "Oscar Wilde: The Final Scene", publicado por Edmund Burke en *The London Magazine*. La traducción al español es mía. El artículo completo puede encontrarse en: <http://www.poetrymagazines.org.uk/magazine/record.asp?id=9404>

BIBLIOGRAFÍA

- ◆ Burke, Edmund (1961): "Oscar Wilde: The Final Scene", *The London Magazine*, vol 1 n° 2, págs. 37-43.
- ◆ Ellmann, Richard (1988): *Oscar Wilde*, Londres, Penguin.
- ◆ Pearce, Joseph (2000): *The Unmasking of Oscar Wilde*, San Francisco, Ignatius Press.
- ◆ Wilde, Oscar (2003): *Complete Works of Oscar Wilde*, 5ª edición, Londres, HarperCollins Publishers.